

de los vencedores. Don Francisco de Bobadilla mandó levantar un cadalso, en que hizo degollar unos nobles y ahorcar otros. Tanto como en España é Italia se celebró esta victoria, irritó á la corte de Francia, donde todo era jurar venganza contra Felipe II, amenazando á España y á Flandes (1).

Refugióse don Antonio en la isla Tercera, donde fué recibido como rey. Pero falto de dinero, no obstante lo que esquilmo á aquellos miserables montañeses, en especial á los adictos al rey don Felipe, á lo cual le ayudaban activamente y con grande insolencia los frailes y clérigos, no teniendo con que sustentar sus tropas, y temeroso de que le acometiera el marqués de Santa Cruz, partió otra vez la vuelta de Francia, no sin saquear antes las Canarias y la Madera para satisfacer á sus soldados. Aunque en Portugal se decía que con esto se quedaban acabadas las fuerzas del prior, no por eso dejó Felipe II de preparar gruesa armada para enseñorear el Océano y expugnar la isla Tercera, á cuyo efecto hacia construir galeazas en Nápoles dotándolas de numerosas piezas de artillería (2).

Deseaba ya no obstante el rey don Felipe salir de Portugal y volver á Madrid, para atender á las cosas de España, y muy especialmente á la guerra de Flandes que iba harlo mal para él, y para prepararse contra la desfavorable y cautelosa conducta del rey de Francia. Falleció á este tiempo en Madrid el príncipe don Diego (21 de noviembre, 1582), y detúvose con esta nueva su afligido padre en Lisboa hasta hacer reconocer y jurar al infante don Felipe, á cuyo efecto convocó las cortes de Portugal en el palacio de la Ribera. Hizose en ellas el juramento del príncipe sucesor (30 de enero, 1583); y resuelto el rey á venir á Castilla, encomendó el gobierno de Portugal al archiduque y cardenal Alberto su sobrino, hijo de su hermana doña María la emperatriz de Alemania viuda de Maximiliano, á quien miraba como hijo, y de cuyas virtudes esperaba que sabría regir prudentemente y conservarle el reino. Dióle por consejeros don Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa, Pedro de Alcazoba y Miguel de Moura, escribano *da Puridade*, cargo de los mas principales en Portugal, é hizo jurar al archiduque que gobernaría en justicia y le restituiría el reino cuando volviese. Quedaba pues un cardenal regente al frente del reino que acababa de tener un rey cardenal.

Habia perdido Felipe II en este tiempo dos de sus mas ilustres y famosos capitanes, el duque de Alba don Fernando Alvarez de Toledo y el maestre de campo Sancho Dávila. De no tan alta estirpe este como el primero, y de menos categoría militar, no era menos conocido ni menos celebrado que él por su valor, sus hazañas y sus largos servicios, y ambos habian guarecido en Italia, en Alemania, en Africa, en Flandes y en Portugal. El de Alba murió de setenta y cuatro años en Lisboa en los aposentos bajos del palacio mismo del rey, y no dejaron de notar con extrañeza los portugueses que al siguiente dia de la muerte de tan gran guerrero y de tan gran ministro saliera el rey á comer en público, sin demostracion ostensible de sentimiento, lo cual no dejó de dar ocasion á todo linaje de interpretaciones (3). En su lugar fué nombrado el duque de Gandía don Carlos de Borja. Era difícil reemplazar al duque de Alba, é iban desapareciendo ya aquellos guerreros y capitanes españoles que por mas de un siglo habian llenado de admiracion y de espanto el mundo.

(1) Minuciosamente refiere Conestaggio en su libro IX esta jornada y combate, y de él parece haber tomado Cabrera la relacion que hace en el libro XIII de su Historia de Felipe II.

(2) Además de las obras y autores que antes hemos citado, pueden verse: Los cinco libros de Antonio de Herrera sobre la Historia de Portugal y Conquista de las Islas de los Azores en los años 1582 y 1583.—La entrada que en el reino de Portugal hizo don Felipe II, por Isidoro Velazquez.—Historia secreta de don Antonio, rey de Portugal, sacada de las memorias de don Gomez Vasconcelos de Figueredo, por la señora llamada Sainctonge. Hay otras varias, escritas con mas ó menos apasionamiento, que sin embargo deben leerse, y no hacemos mencion de los opúsculos que se escribieron en Francia en favor de su reina Catalina, y de don Antonio, prior de Crato.

(3) En el archivo de Simancas, Estado, leg. 428, hay varios borradores del epitafio que se habia de poner á la memoria y en el sepulcro del duque de Alba.

Con objeto sin duda de halagar el espíritu patrio de los portugueses, ó tal vez con el de desvanecer los absurdos rumores que por el reino corrian, hizo Felipe II antes de su partida trasladar á Portugal desde Ceuta los restos mortales del rey don Sebastian, que condujo el obispo de aquella ciudad en las galeras de Sicilia. Desde Almeirim, junto con los del rey don Enrique, los mandó llevar á Belen, panteon de los monarcas portugueses, donde dispuso que fuesen igualmente trasladados los cuerpos de otros descendientes del rey don Manuel, haciendo á todos solemnes y suntuosos funerales.

Partió, pues, Felipe II de Lisboa (11 de febrero, 1583), y regresando por Badajoz y Guadalupe, llegó á su predilecto monasterio del Escorial (24 de marzo), saliendo toda la comunidad á recibirle en procesion y con el Lignum Crucis, y entrando todos en el templo se cantó el *Te Deum laudamus*. A los tres dias partió para Madrid, donde entró llevando á su izquierda al cardenal Granvela, y el pueblo le aclamó como á quien volvía de acrecentar la monarquía de España con la agregacion de un gran reino (4).

(4) No podemos menos de llamar aquí la atencion de nuestros lectores hácia la ligereza con que algunos historiadores extranjeros hablan de los hechos históricos de España.

Mr. Weis, en su *España del reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*, en el párrafo que dedica á la conquista de Portugal dice: «A pesar de la amnistía que publicó (Felipe II) antes de entrar en Lisboa, vertió torrentes de sangre para afirmarse en el trono que HABIA USURPADO. Gran número de portugueses distinguidos fueron condenados á muerte por haber hecho armas contra él. Cuéntase que perecieron de orden suya dos mil sacerdotes ó religiosos. Semejantes crueldades le atraeron la odiosidad pública. Dos veces intentaron asesinarle; y no creyéndose seguro en un pueblo reducido á la desesperacion, dejó el Portugal decidido á tratarle como á país conquistado, arriunarle para siempre é imposibilitarle de rebelarse con visos de éxito favorable. Un *virey insolente* (un *insolent vice-roi*) fué á residir á Lisboa, y á despertar los adormecidos odios en vez de trabajar por extinguirlos. No se hizo caso de la nobleza. No se cumplieron las brillantes promesas hechas á los señores portugueses.... En los diez y ocho años que siguieron á la reunion de ambos reinos, no confirió Felipe II títulos honoríficos mas que á tres *fidalgos*, que creó condes de Sabugal, Atalaya y Penaguino. Todos los honores y dignidades eran para los grandes de España. El pueblo se vió tiranizado, etc.»

No es posible aglomerar en un solo párrafo mas inexactitudes y mas injusticias. Con tono decisivo y con una sola palabra califica el escritor francés de *usurpado* un trono al que tenia Felipe II tan respetables, ya que no se quiera decir tan indisputables derechos, unánimemente reconocidos por todos los letrados españoles, y por la mayor y mas ilustrada parte de los jurisperitos portugueses.—*Que vertió torrentes de sangre*, dice el historiador francés. Esta es una exageracion injustificada. No diremos que Felipe II fuera tan indulgente con los vencidos como hubiera sido de desear, y acaso hubiera podido y debido ser. Pero muy de otra manera le han juzgado los mismos escritores portugueses. «Después de haber usado algun castigo con algunos culpados, dice Faria y Sousa, no como Sergio Galba con todos los que tardaron en saludarle por emperador... perdonó á otros, dejando purificada en pocos la imprudencia de todos los engañados, y todos fueron tan pocos, que queriendo reservar algunos nombró la primera vez... veinticinco solamente y la segunda... solamente cinco: algunos trescientos reservó Carlos V en el perdon del tiempo de las Comunidades.» De esto á *verter torrentes de sangre*, como dice Weis, el lector comprenderá si hay diferencia. Unicamente le hallamos riguroso, y hasta cruel, con los franceses que ayudaron al prior don Antonio en su invasion de la isla Tercera; mas si aquello no fué por orden expresa del mismo rey de Francia, como dijo el marqués de Santa Cruz, debió indignar mucho á Felipe que súbditos de un monarca que se decía amigo, y de quien todos los dias recibía cartas afectuosas, hubieran ido de aquella manera á quitarle una parte de su reino.

Que «dos veces intentaron asesinarle», dice Weis, y no creyéndose seguro en un pueblo reducido á la desesperacion, dejó el Portugal, etc.» No hemos leído esta especie en ningun historiador extranjero ni nacional que merezca fe.—«*Que un virey insolente* fué á residir á Lisboa.» Nada puede haber mas injusto que llamar *virey insolente* al archiduque y cardenal Alberto. De muy diferente modo que el escritor francés le ha calificado el inglés Watson, que con ser protestante y nada amigo de Felipe II, dice del archiduque Alberto: «En el gobierno de Portugal, que habia desempeñado en calidad de regente, se habia granjeado la estimacion general.» (Hist. de Felipe II, libro XXIV.) Y cuando Alberto fué enviado de gobernador á Flandes recibieron los flamencos como no habian recibido á ningun gobernador, con fiestas, arcos de triunfo, y con todo género de demostraciones de regocijo, por las noticias que tenian de sus buenas prendas, y que no desmintieron sus actos, como se puede ver en todas las historias de Flandes. Este es el que Mr. Weis llama *virey insolente*.

Que *despertó*, añade el escritor francés, los odios adormecidos. Esto es

CAPÍTULO XVII

FLANDES

Alejandro Farnesio.—Muerte de Alençon y de Orange

DE 1578 Á 1584

Cualidades del duque de Parma.—Situacion de Flandes.—Sitia y toma Farnesio á Maestricht.—Furor y crueldad de los soldados.—Conciértase el de Parma con las provincias walonas.—Capítulos de la Concordia.—Confederacion de las provincias rebeldes entre sí.—Pláticas en Colonia.—Vuelven á salir de Flandes las tropas de España.—Se da otra vez á la princesa de Parma el gobierno de los Países Bajos.—Divídese la autoridad entre la madre y el hijo.—Representan los dos á Felipe II contra esta medida.—Queda Alejandro con el gobierno de Flandes.—Se proyecta asesinar al duque de Parma y al príncipe de Orange.—Emanéjanse las provincias del dominio de España.—Dan la soberanía de los Estados al duque de Alençon.—Entrada del de Alençon en Flandes.—Conato de asesinar al de Orange.—Triunfos del duque de Parma.—Traicion del duque de Alençon.—Matanza de franceses en Amberes por los flamencos.—Resolucion de los Estados.—Vuelve el de Alençon á Francia y muere.—Asesinato del príncipe de Orange.—Suplicio horrible, y admirable serenidad del asesino.—Consternacion de las provincias.—Nombran en reemplazo del príncipe de Orange á su hijo Mauricio de Nassau.

Veamos lo que habia acontecido en Flandes desde la muerte de don Juan de Austria, y en tanto que Felipe II habia estado ocupado en los negocios de Portugal y en la conquista y posesion de este reino.

Ciertamente el jóven Alejandro Farnesio, duque de Parma y de Florencia, era por su valor, por su talento, por su prudencia, por todas sus prendas personales, y hasta por su cuna

mostrarse completamente peregrino en la historia de la conquista y gobierno de Portugal. Si el archiduque Alberto se encargó de la regencia de Portugal aun antes de salir de allí el rey don Felipe, ¿cómo podian estar adormecidos los odios de los portugueses para poderlos despertar él?

Que no se hizo caso de la nobleza, y que en los diez y ocho años que siguieron á la reunion de ambos reinos, no confirió Felipe II títulos honoríficos mas que á tres *fidalgos*.—«Las muchas mercedes que hizo Felipe, dice el portugués Faria y Sousa en su *Eptome* de las Historias portuguesas, P. IV, c. 1, esas ya en los ánimos de todos le diera nel título, etc.» Los consejeros que dejó el rey al archiduque Alberto eran todos portugueses, á saber: don Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa, Pedro de Alcazoba y Miguel de Moura: á este último le hizo escribano da Puridade, cargo tan grande que nunca se habia dado sino á las personas mas principales del reino, y desde el tiempo de don Juan III no se habia vuelto á proveer. Y con que Mr. Weis hubiera leído á Faria y Sousa, hubiera podido añadir á los solos tres títulos que él supone, la siguiente nómina de otros que Felipe II dió á portugueses:

A don Manuel de Menezes el de duque de Villareal, de que era marqués

A los primogénitos de la casa de Aveiro, el de duques de Torresnovas.

A don Antonio de Castro, el de conde de Monsanto.

A don Francisco Mascareñas, el de conde de Villadorta ó Santa Cruz.

A Ruy Gonzalez de Cámara, el de conde de Villafraanca.

A don Fernando de Noroña, el de conde de Liliares.

A don Fernando de Castro, el de conde de Basto.

A don Pedro de Alcazoba, el de conde de Idania.

A don Duarte de Menezes, el de conde de Tarouca.

Y á don Cristóbal de Moura, el de conde de Castel-Rodrigo.

Es verdad que Felipe no cumplió á los portugueses todo lo que les habia prometido, pero tambien lo es que los nobles le pidieron cosas que no le era posible conceder; que cada uno á tuerto ó á derecho le pedía mercedes, y por último nombró para el despacho de tales memoriales al obispo de Leiria y á don Cristóbal de Mora, y al cabo sacaron hábitos, rentas y oficios, con una abundancia que produjo no pocas quejas de parte de los castellanos: de todo lo cual podria Mr. Weis informarse largamente por la Historia de la Union de Portugal de Conestaggio.

No defendemos la política de Felipe II en el gobierno de Portugal: creemos que le faltó mucho para saberse captar las voluntades de los portugueses, para hacerles olvidar el sentimiento de la pérdida de su independencia y sufrir sin disgusto su anexion á Castilla. Pero hay una inmensa distancia de esto á las inexactitudes y á las injusticias con que le calumnia el francés Mr. Weis.

Este escritor, sin embargo, ha sido condecorado por el gobierno español en premio de su obra, que son dos pequeños volúmenes, y como muestra de su aprecio, con la cruz supernumeraria de la real y distinguida orden de Carlos III, en 26 de setiembre de 1844.

y por los recuerdos de la princesa su madre, el mas digno de reemplazar á don Juan de Austria en el gobierno y capitania general de los Países Bajos. Las circunstancias en verdad no dejaban de ser criticas, obedeciendo apenas tres de aquellas diez y siete provincias al rey de España, y habiéndose constituido en auxiliares de los rebeldes flamencos tres principes extranjeros, Matías, archiduque de Austria, hermano del emperador, el duque de Alençon, hermano del rey Enrique III de Francia, y Juan Casimiro, hijo del Elector Palatino. En cambio, favorecian las discordias entre los mismos flamencos, en especial entre walones y ganteses, así sobre materias de religion como sobre gobierno del Estado. Faltos de dinero los rebeldes, las tropas extranjeras les servian mas de carga que de auxilio, y los soldados alemanes y franceses, faltándoles las pagas, dábanse á la licencia, á la desercion, al robo y al saqueo, sin que pudiera remediarlo por mas que se afanaba el de Orange. A pedir eficaces socorros, especialmente de dinero, á la reina Isabel, partió Juan Casimiro á Inglaterra; mas aquella reina, ó por no irritar mas al monarca español, ó porque en realidad no estuviere para tales desembolsos, recibió al alemán con mucho agasajo, pero le despachó con solas esperanzas. Y cuando Juan Casimiro volvió á Flandes, halló desmandadas sus tropas; lo mismo habia acontecido al de Alençon con las suyas; y para no acabar de perderlas, casi á un tiempo determinaron volverse, á Alemania el uno y á Francia el otro, dudándose cuál de los dos habia hecho la expedicion con mas esperanzas y con menos fruto. Con esto quedaron sumamente reducidas las fuerzas de los Estados (1578).

Parecióle al jóven Farnesio buena ocasion para dejar la guerra defensiva á que hasta entonces prudentemente se habia limitado, y acometer ya alguna empresa que reanimara la causa del rey. Decidió á dar principio por combatir alguna plaza principal, y propuesto en consejo de generales y divididos los pareceres entre Amberes y Maestricht, optó por esta última el de Parma, preparó su ejército tan pronto como apuntó la primavera, púsose en marcha al frente de quince mil infantes y cuatro mil caballos, gente veterana y aguerrida, con el señor de Hierges, Cristóbal de Mondragon y otros capitanes de gran reputacion y valia. A principios de marzo (1579), asentó Alejandro sus cuarteles delante de Maestricht, ciudad de grande extension en la ribera del Mosa, y comenzó á fortificar sus reales, y á hacer todas las prevenciones para un gran sitio. Muy poca gente era la que guarnecía la ciudad, pero mandábanla dos excelentes generales, Schwatzemburg de Herlen y Tappin, flamenco el uno y francés el otro, y los paisanos que tomaron las armas no se portaron con menos arrojo y bizarría que la tropa. Largo, obstinado y sangriento como pocos fué el sitio de Maestricht. Sitiadores y sitiados compitieron en valor, en constancia, en el desprecio de los trabajos y de la vida. En la expugnacion los unos y en la defensa los otros, rechazados los españoles en varios asaltos, no peleándose ya con artillería ni con mosquetes, sino pica á pica, espada á espada, brazo á brazo y cuerpo á cuerpo, rotas las armas, corriendo en abundancia la sangre, obstruidas de cadáveres las brechas, é incendiada con horrible explosion la pólvora en el campo español para que no faltara ninguna de las representaciones trágicas de la guerra, tuvo que retirarse el valeroso príncipe de Parma á reforzarse de gente y disponer de otro modo el asedio, despues de haber perdido varios capitanes de cuenta, entre ellos, el señor de Hierges, general de la artillería, y uno de los flamencos mas bravos y mas fieles al rey.

Sin fuerzas los orangistas, á causa de sus discordias, para socorrer la plaza, y eso que lo intentó el célebre La Noue, uno de los caudillos principales de los hugonotes de Francia y lugarteniente del de Orange; apretando otra vez con nuevas trazas y medios de ataque el ejército real; inutilizados ó muertos la mayor parte de los soldados y de los vecinos y labriegos que defendian la ciudad; aquejados á un tiempo por el hambre y por el sol ya ardiente de junio, despues de recios y terribles combates sucumbió al fin Maestricht (29 de junio, 1579), y entró en ella el ejército español, no siendo posible enfrenar el furor de los soldados, que en esta ocasion se entregaron